

Lo único que queda es el amor

Agustín Fernández Paz



ANAYA

Lo único que queda es el amor

Agustín Fernández Paz

Ilustración:
Pablo Auladell

ANAYA

Índice

Un radiante silencio	11
Amor de agosto	33
Esta extraña lucidez.....	47
Una historia de fantasmas.....	69
Ríos de la memoria	93
Elogio de la filatelia	105
Una foto en la calle	113
Meditación ante el álbum de fotos familiar	133
Después de tantos años	143
Un río de palabras	165
<i>De amores y de libros</i>	173

Y cuando me doy cuenta de cómo vamos a pasar por este mundo sin dejar huella después de haber llevado unas vidas estúpidas, comprendo con rabia que en la vida lo único que queda es el amor.

ORHAN PAMUK: *Nieve*.

Un radiante silencio

Todos los recuerdos son surcos de lágrimas.
WONG KAR WAI: 2046.



Cuando finalizó la reunión que cada mañana mantenía el equipo directivo del banco, Sara se refugió en su despacho y se acomodó en el sillón situado frente al amplio ventanal de cristales tintados. Desde allí arriba podía contemplar toda la parte baja de la ciudad, que descendía en suave pendiente hasta rematar en el espacio del puerto, más vacío de barcos de lo que era habitual. Más allá estaba el mar inmenso, un mar que en días como aquel evitaba mirar, quizá para no dejarse arrastrar por la nostalgia de los espacios abiertos que a veces la inundaba con una fuerza difícil de contener.

En momentos así, no podía evitar las obsesiones que últimamente le venían a la cabeza. Sabía bien que todos consideraban excelente su situación profesional, nadie había llegado tan alto a una edad tan temprana. Siendo mujer, el mérito era aún mayor, tendría que sentirse orgullosa del camino recorrido. Pero no lo estaba, aunque ese fuera un secreto que solo ella conocía. Solo ella sabía que todas aquellas operaciones que tan eficazmente diseñaba habían dejado de interesarle hacía ya bastantes meses, que la aburrían las sesiones interminables anali-

zando los cambios bursátiles o los nuevos planes de inversión. Su salario era elevado, sí, podía comprar todo aquello que se le antojase. «Excepto el tiempo», pensó con amargura; un tiempo que cada día sentía huir como si las horas fuesen una de esas bandadas de aves migratorias que atraviesan el cielo rumbo al sur. Eran muchas las horas que pasaba encerrada en la torre de cristal, las obligadas de la mañana y las voluntarias de la tarde, un horario que había aceptado con gusto hasta que algo cambió en su interior, algo que ahora le hacía caer en la cuenta de que la vida, la vida de verdad, seguía fluyendo incontenible más allá de las paredes de cristal. En esos momentos, le venía a la memoria un cuento infantil que siempre le contaba su padre, *Rapunzel*, un relato que ya la atraía y la angustiaba cuando era una niña. La imagen de aquella adolescente desgraciada, encerrada para siempre en la torre sin puertas ni escaleras, ocupada en dejar pasar las horas mientras le crecía y crecía el cabello que finalmente la habría de salvar, le parecía una metáfora acertada de sí misma y de la vida que llevaba.

También ella vivía sola, en un dúplex situado frente al mar. Un espacio decorado con una estética minimalista, donde los libros, los discos y las películas ocupaban un lugar privilegiado, además de los cuadros de pintores jóvenes que llenaban las paredes. La pintura, la música, el cine, los libros..., las pasiones que habían crecido con ella desde la adolescencia. A veces le gustaba fantasear con cómo habría sido su vida si se hubiese dedicado profesionalmente a alguna de ellas. Pero las presiones fami-

liares habían sido muy fuertes, tanto como su ambición, y finalmente había elegido la carrera de mayor prestigio social. Era allí, en su espacio íntimo, en el único lugar donde conseguía sentirse a gusto, aunque, como la Rapunzel inmovilizada en la torre, cada vez era mayor su deseo de compartir la vida con alguien que tuviese unos gustos semejantes y la liberase de aquella condena que empezaban a ser sus días; alguien a quien, lo sabía con seguridad, no encontraría nunca en los ambientes en los que se desenvolvía su vida.

Bajó la vista y contempló la acera de enfrente. Las obras ya estaban casi finalizadas, tenían prevista la inauguración para el próximo sábado. ¡Qué valientes, atreverse a abrir una librería en estos tiempos! No le había sorprendido nada que cerrase el comercio de tejidos que ocupaba antes aquel bajo, un comercio antiguo que ella ya recordaba de sus años de niña, condenado sin remedio a la desaparición. Cuando cerró, haría ya tres o cuatro meses, pensó que instalarían allí algún negocio más de los que abundaban en aquella zona tan céntrica: una inmobiliaria, una tienda de aparatos electrónicos, alguna *boutique*... También ella se había sorprendido cuando vio el cartel que anunciaba la próxima apertura de una librería. Era cierto que no había ninguna en la zona, la voracidad especulativa había ido desplazándolas a otras calles más alejadas. Una consecuencia más de las leyes no escritas que regían los nuevos tiempos, donde el beneficio inmediato se imponía a cualquier otra consideración. Le iba a ser muy difícil mantenerse en un entorno tan hostil.

La visión de la librería consiguió atenuar algo el desasosiego de Sara. Cuando abriese, tendría un pretexto excelente para esquivar la media hora de café compartido con sus compañeros del equipo directivo, casi todos hombres; un tiempo en el que solo se hablaba de los mismos temas que en las reuniones de trabajo o, todavía peor, de asuntos masculinos que a ella nada le interesaban. «Todos extraños, como habitantes de otro planeta», pensaba Sara, a veces. Aunque quizá, como ocurría en *Soy leyenda*, aquel desasosegante libro de Richard Matheson, era ella la distinta, la única alienígena de la comunidad.

No la visitó el día de la inauguración, pero, el lunes siguiente, Sara adelantó algo la hora del café y, en vez de dirigirse al lugar donde siempre se reunía con los compañeros del banco, cruzó la calle y entró en la librería. Se sorprendió al comprobar la amplitud del local y el gusto con el que estaban distribuidos los espacios. Pero aún se sorprendió más cuando descubrió que, al fondo, habían instalado una pequeña cafetería, con una barra mínima y cuatro mesas colocadas en un área limitada por las estanterías que, como radios de un círculo imaginario, parecían converger hacia una de las esquinas. Era una idea magnífica, que Sara ya había visto en algunas ciudades, pero que hasta entonces nadie se había atrevido a trasladar a la suya. Y era también la solución ideal para ella. Todos los días, podría tomar allí el café de media mañana y, al tiempo, perderse entre tantos

volúmenes que se ofrecían tentadores en las estanterías y en las mesas.

Además, la librería parecía pensada para que los visitantes pudiesen recorrerla con la tranquilidad de saber que nadie los molestaría. Solo dos personas atendían el negocio: un hombre encargado de la caja, que también se movía entre los estantes colocando los libros y atendiendo las peticiones de los clientes, y una mujer algo mayor que se ocupaba de la cafetería y que, como pronto comprobó Sara, también se responsabilizaba del ordenador donde debían de estar catalogados todos los volúmenes.

Sara se sentó en una de las mesas y pidió un café con leche y una tostada. Desayunó con una desconocida sensación de calma, mientras observaba todo lo que ocurría a su alrededor. Aquel día, quizá por ser lunes, los clientes eran pocos: seis o siete personas que se movían abstraídas por los pasillos que se abrían entre los expositores. También Sara los recorrió, entusiasmada ante lo que iba descubriendo. Parecía evidente que habían montado la librería con la pretensión de atender las necesidades que otras no cubrían. En las mesas estaban las novelas de éxito, esas que no podían faltar ni en la librería más sencilla, pero también encontró las colecciones minoritarias que siempre echaba de menos en otras. Le fascinó, sobre todo, la sección dedicada a la poesía, una amplia estantería que ocupaba una buena parte de la pared del fondo, repleta de títulos y autores que sus ojos recorrieron con emoción. Le había gustado desde siempre, aunque era una faceta de su vida que

nunca se había atrevido a compartir con nadie, ni durante los estudios en la universidad, ni mucho menos en los trabajos que había tenido. «Rapunzel, en su soledad, entretenía el tiempo dejando sonar su dulce voz». Eso era para ella la poesía, la canción que le permitía sentirse viva, como un vicio o pasión secreta que la ayudaba a no caer en la desesperanza.

Aquel día salió de la tienda con dos libros, una edición de las cartas que Kafka le había escrito a Milena Jesenská, un título que ella creía agotado, e *Instante*, la última obra de Wislawa Szymborska, la escritora polaca que tanto la había impresionado cuando leyó *Paisaje con grano de arena*, uno de los pocos libros que tenía siempre a mano, pues poseía la virtud, por cualquier página que lo abriese, de devolverle al instante las ganas de vivir; tal era el optimismo que desprendía. Deseó llevarse algunos más, eran muchos los títulos que le interesaban, pero su parte racional pronto se impuso: si iba a visitar la librería a diario, lo adecuado sería comprar un solo libro cada vez y dilatar así el placer de la selección.

Los siguientes días, quizá por complacerla, quizá por curiosidad, la acompañaron algunos de sus colegas. Pero pronto se cansaron de la novedad y volvieron al abrigo del grupo. Para Sara, las visitas a la librería acabaron por convertirse en una feliz rutina. Ahora ya saludaba con familiaridad al hombre de la caja, y la señora de la cafetería siempre le preparaba el café con leche y la tostada en cuanto la veía entrar. Casi todos los días consumía la mayor parte del tiempo embebida en la sección de poesía, ocupada en seleccionar el título que se llevaría



esa mañana. Más tarde, ya de vuelta en su despacho, siempre encontraba algunos momentos para olvidarse del trabajo y, sentada frente a los cristales, dejarse llevar por las palabras tan llenas de vida que, aunque solo fuese por unos momentos, le hacían olvidar la alta torre en la que, a su modo, también ella se sentía secuestrada.

Una mañana, cuando se dirigía a la sección de poesía, como acostumbraba a hacer después de tomar el café, reparó en algo que le llamó la atención. Allí, sobresaliendo encajada entre dos libros, había una pequeña cartulina de color azul que destacaba de un modo llamativo. La cogió, intrigada. Era una tarjeta alargada que tenía por una de sus caras unos pocos versos escritos a mano:

*Tu cuerpo puede
llenar mi vida,
como puede tu risa
volar el muro opaco
de la tristeza.*

*Una sola palabra tuya quiebra
la ciega soledad en mil pedazos.*

La lectura de aquellos versos la dejó paralizada por la emoción; pocas veces se había encontrado con una carga tan intensa en unas pocas palabras, una carga concentrada en ellas como dicen que está la materia en el

núcleo de algunas estrellas. Los releyó una y otra vez, conmovida, mientras miraba a un lado y a otro para comprobar si alguien se había dado cuenta de su azoramiento. Pero nadie parecía fijarse en ella, ni en la tarjeta que sostenía temblorosa entre sus manos.

Cuando le dio la vuelta, comprobó que en la otra cara aparecían escritos el título de un libro y el nombre de su autor. Tenía que tratarse, sin duda, del volumen del cual habían sido extraídos aquellos versos. Examinó ansiosa el estante donde estaba el espacio correspondiente a la letra V y no tardó en localizar el ejemplar que buscaba: *Punto cero*, de José Ángel Valente. Lo hojeó con manos nerviosas, buscando la página indicada entre paréntesis al final de los versos: allí estaba el poema completo, «Sé tú mi límite», aún más intenso y hermoso que las primeras líneas que lo anunciaban, una delicada mezcla de pasión y belleza que iba ganando en intensidad hasta estallar en los maravillosos versos finales, imposibles de olvidar una vez leídos.

Apretó el libro contra su pecho, quizá para ocultar los súbitos latidos desbocados de su corazón. Antes de marchar, examinó los estantes para comprobar si había otras cartulinas similares; quizá se trataba de una nueva técnica de venta, bien efectiva, por cierto. Pero no, no había más tarjetas, y tampoco en los otros estantes que fue mirando mientras se encaminaba hacia la caja. Pagó el libro sin atender a las palabras amables que le decía el empleado y se marchó de la librería con la sensación de que, aunque el espacio que la rodeaba era el mismo que el de otros días, había en el aire algo distinto que le

hacía ver todo con nuevos ojos.

Ya en el despacho, abrió el libro y examinó con más atención la tarjeta. Allí estaban los versos que la habían conmovido, escritos a mano con una caligrafía elegante, con las letras dibujadas con tanta delicadeza como si fuese un ideograma chino. La sorpresa de Sara fue enorme cuando, al examinarla una vez más, descubrió que, en una de las esquinas de la parte de atrás, su nombre aparecía escrito a lápiz con letras diminutas, tan diminutas que le habían pasado inadvertidas en las primeras observaciones. ¡Aquella tarjeta estaba dirigida a ella; alguien la había colocado para que fuera precisamente ella quien la descubriese!

Tras unos momentos de desconcierto, Sara trató de desenredar los hilos de aquel misterio. Tenía que ser alguien que la conocía, que sabía bien sus costumbres, las rutinas que seguía en la librería. ¿Quién podría ser? Había personas que, como ella, también entraban casi a diario en el local; personas con las que había acabado por establecer una cierta relación de complicidad, aun sin haber cruzado nunca una palabra con ellas. ¿Podría ser el hombre que cada día se sentaba en una mesa próxima a la suya? Se había fijado en él más de una vez, pues era muy atractivo; imposible no reparar en su cabello que ya empezaba a encanecer y, sobre todo, en sus ojos de un azul casi gris, unos ojos vivos en los que Sara había creído percibir en ocasiones un cierto fondo de tristeza. Claro que también podría ser el hombre joven que se sentaba siempre en uno de los taburetes de la barra. Vestía de modo informal y, para leer, usaba unas

pequeñas gafas sin montura que, a los ojos de Sara, lo hacían muy atractivo. Lo había sorprendido mirándola varias veces, e incluso habían intercambiado una fugaz sonrisa en ciertas ocasiones. Había también otros hombres que visitaban la librería a aquella hora, pero solo estos eran los asiduos. Sara, a falta de más datos, concluyó —o, mejor, deseó— que alguno de aquellos dos desconocidos tenía que ser quien le había enviado una tarjeta así.

A la mañana siguiente, al entrar en la librería, fue directa a los estantes del fondo. Desde el día anterior, una alegría nueva luchaba por abrirse paso dentro de ella, a pesar de saber que era una sensación ridícula, sostenida solo por unos hilos muy débiles. Pero en cuanto se vio frente a los libros se olvidó de todos sus reparos, pues su mirada se sintió atraída sin remedio como por un imán: en el extremo derecho de uno de los estantes aparecía una nueva tarjeta, esta vez de pálido color rosa. También traía unos pocos versos, escritos con la misma caligrafía cuidada de la anterior:

*Si solamente me tocaras el corazón,
si solamente pusieras tu boca en mi corazón,
tu fina boca, tus dientes,
si pusieras tu lengua como una flecha roja
allí donde mi corazón polvoriento golpea...*

Aunque le parecía haberlos escuchado o leído alguna vez, también aquellos pocos versos alborotaron los sentimientos de Sara; quien los había seleccionado conocía

bien sus gustos. Y también por la otra cara de la tarjeta estaba escrito el título del libro y su autor, aunque ella, antes de nada, se fijó en las tenues y diminutas letras de su nombre, que volvían a aparecer en una de las esquinas. Con la cartulina en la mano, miró en dirección al pequeño espacio de la cafetería. Su mirada se cruzó con la del hombre joven, que desvió la vista y enrojeció de repente, sin duda porque ella lo acababa de descubrir mirándola. En cambio, el hombre de los ojos azules continuaba leyendo el periódico, ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor.

Desconcertada, buscó el libro. Pronto lo encontró: *Todo el amor*, de Pablo Neruda. Fue a la página indicada en la tarjeta, aunque ya sospechaba que el poema completo sería mucho más intenso y emotivo que los versos que lo iniciaban. Así era, así era. A Sara le temblaban las piernas mientras leía aquel torrente de imágenes que parecían creadas para sacudir como un vendaval su corazón. ¿Cómo había sucedido, tantos años ignorando un poema así? Y, seguramente, como le había pasado con el anterior, dentro del libro le aguardarían otros poemas tan memorables como aquel. Una fiesta, una cascada de palabras y emociones que habrían de ayudar a diluir los fríos cristales de su asfixiante torre.

Cogió el ejemplar y se marchó decidida en dirección a la caja. A medio camino se detuvo, desconcertada. Acababa de descubrir, al lado de una de las mesas de novedades, a uno de sus compañeros del banco, quizá el único que todavía guardaba dentro de sí algún in-

terés más que la acumulación de riqueza como único objetivo de realización personal. ¿Y si fuera él, precisamente él, quien le dirigía los mensajes? Quizá también se veía obligado a ocultar su sensibilidad en un trabajo que despreciaba valores así. Animada, Sara se dirigió a su compañero:

—¡Hola, qué sorpresa! ¿Qué haces por aquí?

—Pues ya ves, mirando libros, como tú.

—Yo he elegido este, ¿qué te parece? —la pregunta de Sara estaba cargada de esperanza; era el pretexto ideal para que se descubriese, si es que sus sospechas eran ciertas. Pero la respuesta no pudo ser más desilusionadora:

—¿Qué es, de poesía? La verdad, a mí la poesía no me interesa, nunca he conseguido entenderla. Prefiero las novelas, siempre que no sean muy difíciles.

Sara se despidió de modo apresurado, no quería que se le notase la desilusión, y se acercó al librero que se ocupaba de la caja. Pagó el libro y se marchó de allí, impaciente por explorar el tesoro que llevaba en la mano. No lo pudo hacer hasta llegar a su casa, ya al anochecer, pues, aquel día, el trabajo en el banco se complicó de un modo absurdo, obligándola a concentrarse en sus asuntos hasta bien entrada la tarde.

En casa, al lado del amplio ventanal desde el que podía contemplar el mar oscuro, comprobó que se encontraba ante otro libro extraordinario. ¿Cómo había podido vivir hasta ese día sin leer unos poemas que parecían escritos para ella? ¿De quién era la mano que la estaba guiando por aquellos textos deliciosos? ¿Qué sentido

tenía? Solo podía obedecer a alguien que se había enamorado de ella y estaba haciéndoselo saber de un modo tan hermoso y original. ¿Cuánto tendría que aguardar hasta que su anónimo admirador entendiera que los mensajes habían conseguido ya su propósito?

Durante los días siguientes visitó la librería con una emoción secreta que le costaba trabajo contener. No sabía qué, pero esperaba que ocurriese algo: una nueva tarjeta, una mirada distinta, alguien que se acercase a ella con algún pretexto. Una mañana, el corazón se le alborotó de repente cuando descubrió que el hombre de los ojos azul grisáceos tenía a su lado, posadas sobre la mesa y delicadamente envueltas, tres rosas rojas. Incapaz de reprimir la emoción, Sara atravesó rápida el espacio de la cafetería y se dirigió a los estantes del fondo. Y allí estaba una nueva tarjeta aguardando por ella; una tarjeta de intenso color verde que también esta vez contenía unos versos maravillosos:

*Pero como soy tan pobre solo tengo mis sueños;
He desplegado mis sueños bajo tus pies;
Pisa suavemente, porque pisas mis sueños.*

Los releyó varias veces antes de darle la vuelta y comprobar el título del libro y el nombre del autor, y también su nombre escrito a lápiz con una presión tan leve que casi parecía invisible. ¡*Los Poemas escogidos*, de William B. Yeats! Recordaba haber leído, hacía ya tiempo, al-

gunos poemas del autor irlandés que le habían gustado mucho, lo había tenido que estudiar en uno de los cursos que había pasado en Dublín perfeccionando su inglés. Buscó la página señalada en la tarjeta y leyó entero el poema, que finalizaba con los versos que había copiado su desconocido admirador. La emoción casi no le dejaba respirar, aquella era la declaración de amor más hermosa que nunca había leído. Y, de algún modo, a pesar de los años transcurridos desde que Yeats las había escrito, sabía que eran palabras dirigidas también a ella.

Tomó el libro y, con él en la mano, entró en el espacio de la cafetería. El hombre de los ojos grises levantó la vista del periódico que estaba leyendo y, por unos instantes, su mirada se cruzó con la de Sara. Pero fueron solo unos segundos fugaces, porque los ojos del hombre pronto se centraron en un punto situado más atrás. Entonces, sonrió abiertamente y se levantó para salir al encuentro de una mujer con vestido rojo y melena lisa que acababa de entrar en la librería. Sara retrocedió unos pasos y se apoyó en la barra. Desde allí pudo ver como los dos se sentaban a la mesa, con la alegría del encuentro iluminando sus rostros. Se dieron un beso cargado de ternura, y las manos volaron unas en busca de otras como pájaros que se procuran ansiosos. Después, él le entregó las flores y allí siguieron, hablando en voz baja, ajenos a todo lo que no fuesen ellos dos, como si una burbuja invisible los aislase del mundo real. En ese momento, Sara deseó desaparecer, hacerse invisible, cualquiera podía percibir la tristeza y la desa-

zón que sentía. Pagó el libro con la cabeza baja, sin tan siquiera mirar al librero, y se marchó de allí. Decidió no volver al banco, lo único que necesitaba en aquel momento era regresar a su casa, ya llamaría después para explicar que se había sentido súbitamente indispueta.

Refugiada ya en su casa, releyó una y otra vez el poema de Yeats, lo releyó hasta aprenderlo de memoria. Sentía que aquellas palabras también podían ser suyas, también ella había puesto sus sueños a los pies de aquel desconocido que parecía conocerla tan bien. De repente, un pensamiento terrible se abrió paso en su cerebro. ¿Y si todo no era más que una broma, una burla cruel organizada por sus compañeros del banco? Quizá estaban molestos porque había dejado de ir con ellos, quizá habían utilizado a alguien que ella no conocía para dejarle los mensajes y reírse de su desconcierto. ¿Acaso era aquel un modo sutil de marginarla?

Pasó dos días sin aparecer por el banco, con el pretexto de una indisposición repentina. Al tercer día, cuando se reincorporó, volvió a compartir el tiempo del café con sus compañeros de trabajo, como siempre había hecho. La recibieron con alborozo, aparentemente nadie podría decir que no se alegraban de recuperar su compañía. Aquel día, Sara pasó todo el tiempo estudiando sus rostros, tratando de detectar alguna señal de que sus sospechas eran ciertas. Quizá alguna mirada, algunas frases que bien podrían ser de doble sentido... Pero no notó nada concreto, solo las sospechas absurdas que fabricaba su imaginación.

Y así siguió en días sucesivos. No volvió por la libre-

ría, no se sentía capaz de hacerlo, como si fuese uno de esos lugares prohibidos que tratamos de desterrar inútilmente de nuestra memoria. Por las noches, cuando regresaba cansada a su casa, se refugiaba en los libros de poemas que había ido reuniendo durante aquella breve temporada, en especial, en los que habían llegado a ella por medio de las tarjetas. Eran el refugio secreto en el que se guarecía cada noche, un refugio de palabras para conjurar la tristeza que a veces crece en nosotros y nos inunda por dentro.

A las nueve de la noche, Pablo cerró las puertas de la librería y bajó la reja que protegía los escaparates. Tampoco ese día había aparecido Sara, ya llevaba casi dos semanas sin venir. Los primeros días pensó si estaría enferma, pero una mañana la había visto salir del banco y dirigirse con otros ejecutivos a una cafetería próxima. Su ausencia durante tanto tiempo le había hecho comprender que ya no volvería, que nunca más podría tenerla tan cerca como cuando ella se acercaba al mostrador para que le cobrase los libros elegidos. Sara casi siempre pagaba con tarjeta, y eso le había servido algún día para rozar con la yema de los dedos la piel de su mano cuando se la devolvía, en un movimiento que aparentaba ser casual y que siempre le producía una sensación tan intensa como imposible de olvidar. Se había enamorado de ella cuando la vio entrar por primera vez en la librería, nunca hasta aquel día había sentido nada igual, era mucha la dulzura que se adi-



vinaba bajo aquellos movimientos que parecían tan seguros. Y luego, cuando había ido comprobando los libros que compraba, había sentido la certeza de que aquella era la mujer con la que siempre había soñado.

Al llegar a su casa, contempló con melancolía las tarjetas que había preparado para colocar en los días siguientes. Ahora permanecían extendidas sobre la mesa, como cartas de amor dirigidas a nadie, papeles que un día habían sido maravillosos y aparecían ahora cargados de tristeza. Decidió quemarlas, no necesitaba que pasasen más días para tener la certeza de que Sara nunca volvería. Buscó una bandeja metálica y depositó en ella las tarjetas. Después, encendió una cerilla y les prendió fuego. Y permaneció allí, inmóvil, mientras leía algunos de los versos que se retorcían entre las llamas, en un intento inútil de evitar su combustión; los mismos versos que él había seleccionado pacientemente en algunos de sus libros más queridos, a la búsqueda de palabras que también pudiesen ser suyas:

Tan solo salvó de la destrucción una tarjeta distinta, la

debajo de tu piel vive la luna

hago rojas señales sobre tus ojos ausentes

*No quiero más que estar sobre tu cuerpo
como lagarto al sol los días de tristeza*

la curva de tus ojos mi corazón rodea

*quiero hacer contigo
lo que la primavera hace con los cerezos*

que había pensado darle a Sara el día en que reuniese las fuerzas suficientes para deslizarla dentro de algún libro que ella comprase. De ese modo, cuando la descubriera, se daría cuenta de que solo podía ser él quien las había estado colocando. Eran unas pocas líneas de una novela maravillosa, unas líneas que le habían parecido tan intensas como los mejores versos, y que describían con toda exactitud la conmoción que había sentido cuando vio a Sara por primera vez. Una Sara que quizá no volviese nunca más a la librería, la misma Sara que, contra toda esperanza, permanecería ya para siempre en su corazón:

Y entonces Grace Tebbets hizo acto de presencia en el despacho. Al cabo de cinco minutos se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de su silla, y cuando le vi los brazos, aquellos brazos largos, suaves, infinitamente femeninos que tenía, supe que no descansaría hasta poder tocarlos, hasta conquistar el derecho de poner las manos sobre su cuerpo y acariciarle la piel desnuda.

Grace tenía los ojos azules. Eran ojos intrincados, ojos que cambiaban de color según la intensidad y la inflexión de la luz que recibieran en un instante determinado, y cuando la vi por primera vez aquel día en el despacho de Betty, se me ocurrió que nunca había conocido a una mujer que irradiara tal serenidad. Sentado frente a ella aquel primer día, mirándola a los ojos y estudiando los contornos de su cuerpo esbelto y anguloso, de eso es de lo que me enamoré: la sensación de calma que la envolvía, el radiante silencio que ardía en su interior.

PAUL AUSTER: *La noche del oráculo.*